

El primer Gobierno de la Monarquía

Por Manuel JIMENEZ DE PARGA

AUNQUE se dijera que el Gobierno formado después del 20 de noviembre era el primero de la Monarquía, realmente no lo era. El Rey heredó a don Carlos Arias Navarro. Algunos ministros se han esforzado, a lo largo de los últimos siete meses, para introducir ciertos cambios, y no cabe duda de que consiguieron modificar el clima cívico del país. Sin embargo, los Gabinetes llevan en la historia el nombre de la persona que asume la jefatura de los mismos —Gobierno Maura, Gobierno De Gasperi, etc.—, y esta presentación externa revela dónde se halla el centro de las decisiones.

Es ahora cuando va a constituirse el primer Gobierno de la Monarquía. Es en estos días cuando vamos a poseer datos concretos para enjuiciar los proyectos de abrir este país a un proceso inequívoco hacia la democracia.

Hay que lamentar que la gran decisión de la Corona tenga que tomarse antes de que el pueblo español se haya pronunciado libremente en unas elecciones generales. No se sabe aún con certeza lo que desea la mayoría del país. Sólo contamos con indicios. No obstante, en este último periodo de tolerancia informativa se ha ido conociendo que los españoles aplauden determinadas actitudes, al tiempo que muestran su desagrado respecto a otras.

Y también se ha demostrado que este pueblo ha adquirido un grado elevado de conciencia cívica. No somos diferentes. Las dosis de libertad de que se ha dispuesto fueron empleadas para la defensa de causas justas, de un modo análogo a como se utilizan las libertades en las naciones de Europa con las que pretendemos homologarnos.

Sólo hay indicios, pero indicios racionales.

DESTERRAR MALOS HABITOS

El nuevo Gobierno, el primer Gobierno de la Monarquía, deberá estar al mismo nivel de desarrollo político en que se encuentra el pueblo.

Hasta ahora se ha vivido en un clima de confusión. Por un lado se tomaban medidas que suponían un paso adelante en busca de la democracia. Pero, por otro lado, el mismo Gobierno seguía comportándose de acuerdo con los hábitos del pasado. En la calle se dudaba de los buenos propósitos. La confusión reinante ha estado acompañada de sentimientos de inseguridad.

El nuevo Gobierno debería tener coherencia interna y un proceder consecuente con los principios que anuncie.

Se sabe cuáles fueron los Ministerios que funcionaron mal, ya sea por incapacidad de sus titulares, ya sea por la incompetencia de los colaboradores que ellos eligieron. Sería un error seguir la norma del antiguo régimen, en el que asistíamos asombrados a la casi perpetuación en ciertas carteras de quienes peor las habían desempeñado.

Unos cuantos ministros del Gabinete de Arias —no muchos— son los que han impulsado el proceso

de cambio. Resultaría también lamentable que fueran precisamente ellos los que dejaran su tarea a medio realizar.

Las monarquías democráticas se asientan en bases firmes porque presiden la gobernación del país por los representantes de la mayoría del pueblo. Cuando en esos reinos existe un sistema de partidos bien articulado, el Rey sabe quien interpreta mejor la voluntad de la nación y le encomienda la formación del Gobierno. En caso de duda, el Rey, que no gobierna, pero reina, refuerza con la confianza de la corona a uno de los posibles aspirantes.

Los jefes de Gobierno sin mayoría popular demostrada en las urnas se ven obligados a realizar un gran esfuerzo para ganarse el aprecio de la calle. Tienen que abandonar las posiciones personales o de grupo, tienen que olvidarse de normas y costumbres políticas de épocas pasadas. Su éxito depende del grado de sincronía que alcancen con lo que es hoy aspiración generalizada.

Se ha podido comprobar, en la etapa de información tolerada, que el pueblo tiene sed de justicia, que se espera que comience un día la batalla contra la corrupción, que el caminar hacia la democracia se considera lento, que la gente está cansada de ver siempre en escena las mismas caras, que las pensiones de los jubilados son para morir, que los privilegios no han desaparecido, que las clases y las regiones oprimidas no han mejorado, que faltan escuelas, que la vida está carísima, que los capitales se evaden impunemente, que los pobres son cada vez más pobres...

El ropaje científico y técnico con que han querido justificarse estas realidades no convencen. El nuevo Gobierno, sin el previo apoyo de los votos obtenidos en las urnas, tendrá que ganarse con su acción eficaz la adhesión de sectores amplios, a ser posible de la mayoría del país.

La inactividad, la inoperancia, el caminar receloso o con la mirada fija en un ayer por fortuna superado, tendrían ahora efectos especialmente dañinos, políticamente hablando. Porque va a ser, real y verdaderamente, el primer Gobierno de la Monarquía.